



*Las mujeres Santos* nunca van al mar.

Había una vez, hace una vida atrás, una mujer embarazada que se escapó de Cuba con su esposo, luego de subirse a un bote que él había construido en secreto, sin nada más que chatarra y una esperanza desesperada. Abandonaron una vida entera durante la muerte de la noche. Pero ya era tarde: la tormenta fue repentina y violenta y el bebé no pudo esperar. Ella gritó a los vientos enfurecidos y arrancó a su hija en llanto de su cuerpo, mientras él luchaba contra el mar embravecido.

Cuando Milagro Santos alcanzó la otra orilla, fue solamente con su bebé recién nacido.

Mi mamá creció en una tierra nueva y, a pesar de las advertencias, se atrevió a enamorarse de un chico que amaba al mar. Pero el día anterior a su cumpleaños número dieciocho, una tormenta de primavera se formó en mar abierto y destrozó otro sueño. Hallaron el bote



de mi padre, pero jamás dieron con su cuerpo. Mamá lo esperó en el muelle, sus sueños se grabaron en los recuerdos del pueblo mientras apretujaba su vientre, conmigo adentro.

Eso es el mar para nosotras. Y yo soy un puente destinado a crecer lo suficientemente grande para saltar sus tragedias. La canción de mi vida dice que conocer el mar es conocer el amor, pero que amarnos es perderlo todo. Aún susurran que estamos malditas, pero no sé si es por una isla, por el mar o por nuestros propios tenaces corazones.

X X X

–Es ahora o nunca –Ana-María se sentó sobre mi escritorio mientras yo caminaba de un lado a otro frente a ella. Tenía el teléfono en su mano y había puesto el temporizador. Ya quería abandonar este ejercicio para largar todo lo que había estado callándome por meses.

–Entonces, creo que elegí mi universidad...

–No digas “creo” –Ana ya sacudía su cabeza–. La elegiste, debes oírte segura o ella no te tomará en serio.

Agité mis hombros en un esfuerzo para aflojarme. Mi abuela no estaba siquiera en la habitación, pero mi pulso ya estaba martilleando de manera salvaje.

–Bien, aquí va, Mimi: elegí mi universidad.

–*¡Qué bueno!* –Ana exclamó con entusiasmo en un pesado acento cubano que se oyó alarmanamente como mi abuela.

–Pero queda en otro estado.

–*Ay, mi amor, ¿por qué quieres abandonarme?* –Ana dejó escapar un llanto de dolor. Estaba poniéndose por completo en situación.



–Queda a solo dos estados de aquí –dije con los ojos en blanco–. Pero la escogí porque tiene un programa de estudio en el extranjero. ...

–¿Cómo? –Ana se puso de pie con un jadeó dramático–. ¿Un país diferente? ¡Eso no es una universidad!

Pellizqué las esquinas superiores de mi camisa y jalé de la tela para alejarla de mi piel húmeda por el sudor.

–Es una universidad. Hay clases con créditos reales que contarán para mi grado y al programa al que me postulé... –hice una pausa y Ana asintió con su cabeza. Enderecé mis hombros–. El programa es en Cuba.

La Universidad de Charleston había aceptado mi solicitud de intercambio la semana anterior. Inmediatamente después de haber recibido el correo, celebré gritando en silencio dentro de mi habitación antes de postularme para su programa de estudio en el extranjero.

Un semestre completo en la Universidad de La Habana.

Estaría en clases dictadas por profesores cubanos, habría excursiones y visitas culturales. Mi acento mejoraría en La Habana Vieja, los Viñales y Santiago. Por fin tendría historias propias sobre la isla que, durante tiempo, había formado parte de una herencia que no podía tocar.

Por supuesto el programa era costoso, pero no había tiempo para dudar. Corría contra un reloj controlado por políticos. Tenía ayuda financiera, becas de estudio y una caja de zapatos de ahorros por trabajar en la bodega. Una de las únicas formas de viajar de forma legal hasta allí era la visa de estudio. No tenía una familia esperándome en Cuba, por lo que la escuela era la respuesta.

Ana jadeó y se apartó del escritorio, barriéndome a un lado, luego de mi declaración. Apretujó su pecho y se lanzó hacia atrás



estrellándose sobre mi cama, mientras mis almohadas caían a un lado. La actuación era digna de una *telenovela*.

–Y supongo que aquí es cuando la hermana perdida-desde-hace-tiempo irrumpió en la habitación y me dice que está robándose mi herencia –suspiré y dejé caer mis manos sobre mis caderas.

–O mejor aún: tu madre-perdida-desde-hace-tiempo.

Era una simple broma, pero dio en el blanco, como siempre. Si mamá todavía viviera aquí a tiempo completo, tal vez no estaría tan asustada por decirle a Mimi que quería vivir y aprender en el país del cual ella se había escapado. Por un vez tendría un mediador, ya que mamá solía hacer enfadar a Mimi lo suficiente como para que se olvidara de todo lo demás.

Ana se puso de pie y me sujetó de los hombros. Ana-María era afrolatina, y sus padres también eran de Cuba. La señora Peña abandonó la isla cuando era una niña pequeña, cuando su familia en Estados Unidos tuvo el dinero y la posibilidad de reclamarlos. El señor Peña escapó siendo un adolescente. Ahora estaban aquí, juntos. Mi mejor amiga estaba rodeada de primos y hermanos, no anhelaba conocer la isla como yo. Al menos no abiertamente.

–Estás tan preparada como tu ansiedad y varios problemas familiares te permitirán estarlo –sugirió con un apretón afectuoso mientras me empujaba hacia fuera de la puerta–. Ve por ellos, tigre.

Era viernes por la tarde en la casa Santos, por lo que sabía con exactitud dónde estaría mi *abuela*: sentada frente a la ventana, en nuestro pequeño cuarto de lavado al este de la casa, en donde los vecinos acudían en busca de respuestas, orientación y un poco de magia. La *curandera* del vecindario supervisaba las preocupaciones sobre jardines en apuros, malos sueños, cambios de carrera y suerte



terrible. Fabricaba esperanza desde su ventana que olía a hierbas y toallas de suavizante.

La encontré allí, destapando una botella. Al otro lado de la ventana estaba nuestro vecino, Dan, que cargaba a una bebé en sus brazos. Dan y su esposo, Malcom (mi consejero universitario y hechicero de la matriculación doble) habían finalizado recientemente la adopción de su hija, Penny. Mimi sacudió la botella y examinó el líquido a la luz de la vela.

—¿Qué sucede? —pregunté a Dan, distraída momentáneamente por los círculos negros debajo de sus ojos. Dan manejaba sus turnos desprovistos de sueño bastante bien, pero ahora lucía como si estuviera listo para caer. Era un paramédico, actualmente con licencia de paternidad.

—Penny ha comenzado su dentición —dijo con un bostezo—. Y Malcom aún está en su trabajo, hasta el cuello de citas y papeleo ahora mismo.

Malcom era el asesor más solicitado en la Universidad Comunitaria de Port Coral. Tenía un aura tranquila y reflexiva, y un asombroso parecido a Idris Elba.

—Esta es la temporada de fechas límite para las solicitudes universitarias.

—¿Por qué no pasas? —pregunté. Dan y su familia venían a cenar regularmente a casa.

—Porque Mimi está trabajando y no pretenderé que haga favoritismos como Malcom hace contigo. Hablando de eso, hoy no...

—¿Lo vi? Pues, sí. Sí, lo vi —a espaldas de Mimi le lancé una mirada a Dan con los ojos bien abiertos. Me había reunido con Malcom para ver si podíamos encontrar alguna beca de último momento para mi



programa de estudio en el extranjero. Dan estaba demasiado cansado como para entender de inmediato. Ladeé mi cabeza hacia Mimi de manera significativa hasta que su mirada adormilada finalmente fuera reemplazada por una expresión de sorpresa. Todos estaban alarmados de que aún no le dijera a mi abuela sobre Cuba.

–Para ti –dijo Mimi mientras nos ignoraba y le entregaba una botella azul delgada y alta–. Bébelo con té una hora antes de acostarte.

–¿Hora de acostarse? –preguntó Dan–. Nunca hemos oído hablar de ella –Penny rio y dio unas pataditas.

–Para Penny y sus encías –Mimi tomó una botella más pequeña, su contenido era de color dorado. Abrió la tapa y capté el aroma a tarta de manzana mientras pasaba a mi lado.

Dan sostenía a Penny mientras esperaban al otro lado de la ventana. Sus ojos se entrecerraban y la niña sujetó sus mejillas con un manotazo alegre.

–Ya vuelvo –les dije y me apresuré detrás de Mimi.

–Revuelve la sopa por mí –dijo por encima de su hombro mientras se movía a través de la cocina iluminada de forma cálida.

Normalmente solíamos ser solo nosotras dos, pero la casa siempre hacía que se sintiera llena. Con más luz, más personas y más amor. Levanté la tapa de la olla que estaba sobre la estufa e inhalé profundamente. Las historias sobre la sopa de Mimi iban desde regresar a las personas de las puertas de la muerte, hasta sanar corazones rotos. El secreto estaba en el caldo, que estaba cuidadosamente nutrido con hierbas, vegetales y huesos. Agité el líquido a fuego lento y tomé otra bocanada fortificante.

–¿Mimi?

–Aquí –gritó desde alguna parte alejada de la casa.



Volví la tapa a su lugar y fui hasta el umbral de su invernadero, en la parte más alejada de la cocina. Era una muy mala idea intentar hablarle mientras trabajaba, pero quería superar este obstáculo.

—¿Dónde estás?

—¡Aquí! —volvió a gritar, pero aún no podía verla.

El lugar era llamado técnicamente solárium y estaba pensado para holgazanear con un vaso de té helado. Mimi lo transformó en un invernadero. Era el corazón palpitante de nuestra casa, aireado y cálido aun cuando las ventabas estuvieran cerradas. Había plantas verdes y exuberantes que se extendían y mecían desde sus macetas, estantes con libros bien leídos y botellas llenas de medicinas y pociones alineadas, había una campanilla de viento de madera y acero que se mantenía estable cuando el día era agradable, se ponía un poco más salvaje con la lluvia y se agitaba como un niño asustado cuando venía la mala suerte. Era nuestro jardín seguro y protegido que a veces rugía como una jungla tropical. Vivíamos en Port Coral, Florida, pero ahora, en este lugar, estábamos en la isla de Mimi.

Salió de entre las hojas de la palmera, mientras sonreía. Traía una manta azul, como el cielo sin nubes en verano, entre sus manos que brillaba a la luz. Deslicé mi palma sobre la tela aterciopelada y suave mientras un sentimiento de alegría se agitaba en mi interior, al igual que con sus sopas. Se dirigió hacia mí, de regreso a su ventana. Me sacudí la sensación a sol y la seguí.

—Mimi, escogí universidad —confesé mientras ella le entregaba la mantita para bebés a Dan. Ambos me miraron, él sonreía de oreja a oreja.

—Pero, ¿tú no estás ya en la universidad?

—Bueno, sí, pero eso es la inscripción simultánea —comenzaba a



sudar de nuevo. Durante los últimos dos años me abrí camino entre la escuela secundaria, el colegio comunitario y las clases de verano. No fue fácil, especialmente no con mi trabajo a tiempo parcial en la bodega, pero ahora estaba a solo unas semanas de graduarme con un diploma de escuela secundaria y un título de grado de dos años. Este otoño me transferiría de nuestra universidad comunitaria a una universidad para finalizar mi licenciatura en Estudios Latinoamericanos.

–Ah sí, lo sé. Bueno, cuéntame –se cruzó de brazos con la melodía familiar de sus brazaletes. Ese sonido era el que me decía en dónde estaba cuando desaparecía entre sus plantas. Abrí la boca, pero el silencio se extendió.

Mimi esperó, y yo no pude hacerlo.

–Si pudieras ir a cualquier parte del mundo, ¿a dónde sería? –lan-cé la pregunta con manos temblorosas. Dan sacudió su cabeza.

–Hawaii –decidió. Las velas al lado de Mimi parpadearon.

–Espera, ¿qué? –no me esperaba esa respuesta–. *Cualquier* lugar del mundo, Mimi.

–Te oí –sonrió con suficiencia–. Me gusta la Roca, es muy apuesto.

–No puedo negar eso –rio Dan.

–Pero, ¿qué si pudieras ir a Cuba?

Su sonrisa se desvaneció.

Todo lo que sabía de Cuba provenía de este pueblo costero, a cientos de kilómetros de esa isla que era una completa desconocida para mí. Conocía mi cultura por la comida que comía en nuestra mesa, por las canciones que se reproducían en el tocadiscos de mi *abuela*, por las historias que fluían a través de la bodega y el hogar animado de Ana-María, pero no podía encontrar a mi familia en esas historias, no podía encontrarme.





–No iría a Cuba –dijo Mimi con simpleza, como si eso bastara.

Mi abuela era amable y paciente, pero ante la mención de su isla, se cerraba por completo. Mucha gente acudía a ella para preguntarle demasiado y ella les daba respuestas y esperanzas. Sin embargo, jamás tuvo respuestas para mí.

–Gracias por esto –dijo Dan a Mimi. Le pagó por el té para dormir y el bálsamo para la dentición y me dio una sonrisa tranquilizadora. Penny enterró sus pequeñas manos bajo la manta.

Mimi comenzó a asear la mesa, podía oler la sopa y oír el tarareo de la música que salía de mi habitación.

–Pero las cosas han cambiado –dije. El rostro de Mimi se sacudió en mi dirección. Esta era la primera vez que la presionaba con este tema. Mi corazón acelerado golpeó con obstinación su ventana cerrada–. Han estado cambiando por años.

En mi primer año vi a mi presidente salir de un avión en La Habana. Todos en la bodega se habían paralizado, mientras observaban con incredulidad. Incluso a los catorce años, nunca esperé ver que las aguas entre nosotros se volvieran transitables nuevamente. Tan pronto como descubrí los programas de estudio en Cuba me lancé directo a la doble matriculación, para tomar clases universitarias paralelas a la secundaria.

–Ay, las cosas cambian para ti, pero nunca para la gente de Cuba –Mimi exhaló con brusquedad.

–Entonces aun si pudieras ir, ¿jamás regresarías? –el abismo entre Cuba y yo se hizo más profundo.

–Mi espíritu lo hará, *mi amor* –el lamento de su voz me perseguía como un viejo fantasma–. Se preocupan más por los turistas que por la gente cubana que aún sufre. Eso es lo único que nunca cambia



—Mimi cerró su ventana con un ruido seco. Dio un paso hacia mí y levantó la mano de forma suave hasta mi mejilla—. ¿Dónde queda tu universidad, *niña*? ¿Algún lugar lujoso?

Y eso fue todo. Tal como lo había esperado. No había razones para estar sorprendida o desilusionada, no había razones por las que llorar.

—No importa, aún estoy decidiendo —dije mientras intentaba mantener un tono neutral.

—Ay, Rosa —suspiró—. Tomarás una decisión inteligente pronto.

La sopa hervía a fuego lento, las campanillas de viento cantaban suavemente y las velas iluminaban mi camino a mi habitación. Estaba en casa, y hablar de Cuba no tenía lugar aquí. Mimi jamás regresaría, mi madre siempre se marcharía y yo era un ave que no podía volar a su puerto, en busca de respuestas que estaban enterradas en el fondo de un mar al cual no podría conocer.